I Congreso Virtual Internacional del Centro Bíblico Pastoral María de Magdala

PONENCIA
21/07/2020
"Un árbol tiene esperanza: aunque lo corten, vuelve a rebrotar y no deja de echar renuevos" (Job 14,7): la gran enseñanza de Job frente a la tragedia

Autora: Juliana Alejandra Triana Palomino
Bióloga UMNG
Biblista UNIMINUTO

Introducción

En diversos modos y con diferentes palabras, todos hemos coincidido en afirmar que la crisis "sacude" el orden establecido a nivel personal, comunitario o global y ciertamente se convierte en una estación de la vida en la que abunda la incertidumbre.

Si así están las cosas, ¿cómo afrontar la crisis? ¿Cómo comprender la utilidad que tiene, justo en el momento en que más nos hiere? ¿Qué valiente puede decirnos qué significa acoger la crisis? Y más aún, ¿quién puede explicarnos cómo salir de ella y mirarla con amistoso agradecimiento de despedida? Dado que la Sagrada Escritura es Historia de Vida, es de vital importancia que la acojamos como lente interpretativo para abordar la tragedia, pues contemplar la Palabra es un ejercicio que irremediablemente nos lleva a contemplarnos a nosotros mismos. Por ello, leer el libro de Job es un ejercicio que nos involucra de lleno en una aventura que narra la lucha cuerpo a cuerpo entre el hombre y su contingencia por hallar un sentido a la dificultad y el dolor. Al igual que Job, hemos decidido librar la batalla desde una experiencia religiosa particular pero a medida que avanza el combate nos percatamos que las antiguas técnicas de defensa no están siendo útiles del todo. Así que, como Job, estamos invitados a aceptar el reto de ir en búsqueda de una nueva espiritualidad que nos permita seguir adelante, abrazando lo mejor y más auténtico de nosotros, aunque esto implique fuertes cambios y dolorosas renuncias.

El versículo que nos abre a la esperanza y que titula esta ponencia, plantea la gran lección de Job en la tragedia y revela las claves para hacer unidad con la vida y aprender lo que la crisis nos quiere enseñar. "Enseñar" quiere decir "señalar la ruta", indicar el camino correcto para alcanzar un objetivo determinado. Por su parte, "Aprender" significa "agarrar, poseer" para conseguir un fin; pero este adherirse no es de cualquier manera, pues se trata de hacerlo tal y como lo describe su etimología latina, como una *hedera,* de donde viene la palabra "hiedra", que designa a aquella planta que se enreda y se aferra con fuerza a los troncos de los árboles en busca de luz y sustento. En esto consiste aprender algo. Así que la crisis nos muestra el camino a seguir y nuestro oficio consiste en aferrarnos con fuerza a aquello que nos dará el verdadero sostén para lograr ver el sol. ¿Qué tipo de árbol es aquel que tiene esperanza? ¿De qué está hecho para que a pesar de los cortes, rebrote y permanentemente de brotes nuevos? ¿A qué está aferrado para sortear los embates de la crisis? Ciertamente no será un árbol estéticamente bello, sino un árbol con señales del paso de la tragedia, que ha sabido desprenderse de lo que *no es*, para seguir adelante como aquello que en profundidad *es.*

1. La tragedia de Job: maestra que desenmascaró la trampa del sistema

Para poder acercarnos a la gran lección que aprende Job, debemos contemplar las fuentes de enseñanza que lo confrontan, desarman y reenfocan; y no podemos ignorar un personaje particular dentro de la trama del libro que tiene mucho que ver en todo lo que le sucede a Job: el Satán.

Este "servidor de la corte divina" pone al descubierto la mercantilización de la relación entre Dios y el hombre, y conoce perfectamente dónde está la hebra suelta, que una vez tomada, desbaratará todo el tejido. Desde ese punto de vista, resulta interesante tomar en consideración la perspectiva desde la cual la cabalística judía habla del Satán y lo define como "la poderosa fuerza de inteligencia que se opone a nuestras acciones para revelar Luz. Es su existencia lo que garantiza que los humanos desarrollen el poder del libre albedrío y de la libre elección".

Si observamos el relato, esto es precisamente lo que ocasiona el adversario en la historia de Job, pues pone de manifiesto que la religiosidad y fidelidad de aquel hombre justo está cimentada en la fragilidad de la relación con Dios en términos de acción-reacción, que presenta a la divinidad, no como un ser libre y omnipotente, sino limitado y constreñido a actuar de acuerdo a la lógica retributiva de premiar a los buenos y castigar a los malos. En una relación así, ni Dios ni el hombre pueden ser libres, pues todo queda reducido a la exactitud de una transacción.

La muerte de los hijos, las pérdidas económicas, las afectaciones en su propia integridad, van minando poco a poco la seguridad ciega que Job tenía en el "dios a su manera", que sorprendentemente arrebata el bienestar que había otorgado y sin razón aparente envía males. Al no comprender qué pasa, Job opta por la resignación y ante la expresión de su esposa que lo invita a renegar de aquel dios que no lo ha tratado con la bondad esperada, él le dice: "Hablas como una necia. ¡Resulta que estamos dispuestos a recibir de Dios lo bueno y no lo estamos para recibir lo malo!". No obstante, tal resignación y aceptación duró poco.

El texto dice que los amigos de Job fueron a consolarlo en medio de semejante tragedia y se sentaron a su lado durante siete días y siete noches viendo su dolor en silencio. Siete, cifra sugerente que nos habla de perfección, completitud, tiempo de proceso completo, que nos hace volver la mirada a Génesis y el relato de la creación. Cuando se esperaba contar con la fuerza del *shabbat* o el descanso en Dios para continuar la vida, resulta que Job aún estaba en caos y en vez de escucharse una voz que dijera "hágase la luz", de las entrañas de aquel hombre sale un grito desesperado que ordena "¡muera el día en que nací!". El resto de expresiones de Job indicarán que la tragedia lo sumergió de tiniebla en tiniebla, de muerte en muerte hasta resistirse a vivir en un mundo donde haya dolor, afectación, desarmonía; Job se resiste a vivir en un mundo donde Dios no pueda blindar a aquellos que le sirven, y mucho menos acepta que alguien que ha actuado siempre bien, tenga una vida de aquel que ha obrado iniquidad. Job prefiere morir antes que ver un mundo donde el ser humano no pueda obtener de Dios la seguridad plena contra todo riesgo, a cambio de un estricto cumplimiento ético, holocaustos puntuales y fidelidad religiosa.

La tragedia le reveló a Job algo que no había advertido y era su relación utilitarista e interesada con Dios, donde el centro de los tributos no era Yahvé sino él mismo y sus intereses. Dios era útil y necesario en cuanto sirviera para sus propósitos e ideales, que ciertamente eran muy buenos, pues según la narración, Job no incurrió en faltas contra su prójimo, pero en todo el proceso, Dios se había convertido en el siervo que debía responderle de acuerdo al tributo que él le ofreciera, para

que el equilibrio del mundo no se perdiera. ¿Cuál equilibrio? Recompensar al justo por sus buenas acciones y hacer pagar al injusto por lo malo que ha hecho. Con este proceder, Job se estaba asumiendo a sí mismo como el garante del orden, de la justicia y del bienestar en medio de los suyos, pues con solo un holocausto evitaba que Dios actuara en su contra, incluso, por posibles fallos inconscientes de sus hijos durante sus comidas y festejos juntos. La tragedia le quitó los tapaojos a Job y le hizo tomar conciencia que la relación con Dios no se vive en una especie de laboratorio de condiciones ideales donde nada sale mal.

La tragedia se encargó de mostrare a Job que el mundo, Dios, y la vida, son más complejos de lo que antes había considerado, y la simbología latente en las úlceras que presenta en su piel, al ser este el órgano más extenso del cuerpo y de mayor contacto con el ambiente, representa la intensidad de conmoción interior de Job, que hiperreacciona ante el contacto con la realidad tal cual es. Job por fin toca fondo, y está listo para iniciar su proceso de sanación y recuperación.

Así que Dios aprovecha el deseo de muerte de Job, para llevarlo a la verdadera vida y de manera discreta, el creador pronunció con suavidad "haya luz" para iniciar el proceso de re-creación de Job, en el que debía comenzar por aprender a mirarse a sí mismo y a Dios de otra manera, acción que no habría podido ejecutar en situación de "prosperidad permanente". La tragedia le ayudó a Job a desandar sus pasos y ver aspectos antes ignorados, pues comenzó a hacerse preguntas sobre Dios que nunca antes se había hecho y se dio cuenta que una cosa era el personaje con el que se suponía tenía el trato, y otra muy distinta el Dios verdadero con el cual estaba llamado a tener una relación. Porque, ciertamente, el Dios de Israel no actúa movido por el capricho humano ni se deja llevar por los impulsos del momento. Lo que mueve a Dios es el amor.

Así las cosas, la tragedia en Job le indicó que tenía que comenzar a mirar en otra dirección y buscar la fuente y razón de su esperanza más allá de sí mismo y más allá de las expectativas que tuviera de Dios. Job debe cambiar de dirección y girar de la retribución a la gratuidad, para caminar por la vida en apertura y no en control, y mucho menos, en manipulación.

Por eso, la tragedia que desencadenó el Acusador ante la corte divina, sirvió para que Job reconociera la libertad de Dios, la libertad de la vida y su propia libertad, y ahora tendrá que hacer lo que le sucedió al Abad de este cuento que narraré a continuación y que está en el libro "El fuego en estas cenizas" de Joan Chittister:

> "Un peregrino recorría su camino cuando cierto día pasó ante un hombre que parecía un monje y que estaba sentado en el campo. Cerca de allí, otros hombres trabajaban en un edificio de piedra. "Pareces un monje", dijo el peregrino. "Lo soy", respondió el monje. "Quiénes son esos que están trabajando en la abadía"? "Mis monjes. Yo soy el abad". Es magnífico-comentó el peregrino-. Es estupendo ver levantar un monasterio". "Lo estamos derribando" dijo el abad. "¿Derribándolo? ¿Por qué?, exclamó el peregrino. "Para poder ver salir el sol todas las mañanas", respondió el Abad."

La tragedia le permitió a Job ver el sol, ver la verdad, y para ello tuvo que aceptar su vulnerabilidad. Así que como constructor silencioso, Dios acompañará a Job para que derribe su antiguo edificio y pueda gozar de una nueva relación con ÉL. Con esto, ya estamos listos para sumergirnos en el aprendizaje de Job, o bien, en la demolición de su viejo monasterio.

2. El árbol de la esperanza: símbolo del hombre integrado que sabe integrarse con la vida en libertad y gratuidad

El capítulo 14 de libro de Job constituye una continuación de quejas y reproches del protagonista por los comentarios de sus amigos y la actitud decepcionante de Dios. No obstante, como una bella joya cubierta por un desorden de amarguras aparece en el texto esta afirmación de Job: "Un árbol tiene esperanza: aún talado, vuelve a retoñar, sus renuevos brotan sin parar; aunque viejas sus raíces enterradas, con un tronco que agoniza en el polvo, al contacto con el agua reverdece y echa ramas como una planta joven." (14, 7-9). En ese punto, como lector se esperaría que Job tomara bríos para continuar su camino de búsqueda hacia el sentido, pero de inmediato continúa con su memorial de agravios y dice "Como monte que acaba derrumbándose, como rocas desplazadas de su sitio, como agua que erosiona las piedras, como aluvión que arrastra el barro, así acabas tú con la esperanza del hombre" (14, 18-19). Pareciera que por alguna razón, Job no se sintiera aquel árbol lleno de esperanza y no ve en su Dios un sustrato favorable, pues monte, tierra y agua, elementos que deben estar en armonía y a disposición para que el árbol crezca y fructifique, se convierten en atacantes y enemigos que anulan toda posibilidad de seguir adelante.

No obstante, en medio de una esperanza utópica y un sentir la apatía divina, surge en este segmento una pregunta pertinente "¿Pero puede el hombre muerto revivir? Todo el tiempo de mi milicia esperaría ansioso a que llegase mi relevo. Te llamaría y tú responderías anhelando la obra de tus manos; no controlarías mis errores, como ahora cuentas mis pasos; cerrarías en un saco mi delito, blanquearías con cal mi pecado" (14, 14-17). ¿Acaso no es este el proceso que necesita Job para reverdecer y ser aquel árbol que tiene esperanza? ¿Acaso el agua fresca que sus raíces necesitan no son una nueva relacionalidad entre Dios y él? Job se está percatando que la antigua relación que tenía con Dios estaba basada en una falsa imagen que tenía de ambos, en donde se trataban como mercaderes que intercambiaban tributo piadoso y buen comportamiento, por bienestar libre de calamidades.

Pero, ¿por qué la clave está en ser árbol?

Desde los inicios de la civilización humana, el árbol ha sido visto como un elemento sagrado pues es reconocido como símbolo de procesos trascendentales y punto de encuentro con la divinidad. Al hundir sus raíces en la tierra y elevarse hacia el cielo para luego fructificar y dar semilla que lo perpetúe, se convierte en metáfora de vida eterna y del proceso de perfección espiritual de todo hombre que acoge su historia y la transporta hacia lo alto, para que con la luz de la divinidad toda su esencia se transforme y retorne a él en forma de alimento que le permita dejar fruto y trascender. La Sagrada Escritura no es ajena a este tipo de abstracciones; basta recordar el salmo 1,3, que describe a quien se dedica al estudio de la Ley del Señor y se aparta del mal como "un árbol plantado entre acequias, da su fruto en sazón, su fronda no se angosta. Todo cuanto emprende prospera". De igual modo, en el Evangelio de Marcos (Mc 8, 22-26) en la escena de curación de un ciego de Betsaida, una vez que Jesús unta barro en los ojos de aquel hombre y le impone las manos, le pregunta ¿ves algo?, y éste alzando la vista responde "Veo a los hombres, pero los veo como árboles que andan" , dando a entender que este hombre había adquirido la capacidad de ver en profundidad la esencia humana en cuanto a seres trascendentes en búsqueda de Dios. De hecho, el simbolismo

del árbol constituye un marco de lectura de la Sagrada Escritura pues está presente al inicio de la creación, como nos lo narra el libro del Génesis, y estará presente en la plenitud de la historia cuando todos sean Uno en Dios, tal y como lo avizora el libro del Apocalipsis.

En línea con lo anterior, es bastante sugestivo que la ruta de aprendizaje de Job esté enmarcada dentro del simbolismo religioso que posee el árbol, vocablo que aparece un total de 4 veces al interior del libro y dos de ellas en relación con la palabra esperanza, la cual se encuentra un total de 12 veces en el texto. Sabemos que la lengua hebrea es espiritual en sí misma y el uso de un término u otro expresa una intencionalidad especial. Es así como dentro de las diferentes palabras para decir "árbol", el libro de Job emplea el vocablo *etz* (עֵץ), que puede ser traducido como "árbol, madera, palos", y está derivado de la raíz *atzá* (עָצָה) que traduce "sujetar, hacer firme". Así las cosas, la vocación del hombre apunta a ser firme y brindar firmeza, arraigo; y su esperanza no está fundada o condicionada por los eventos exteriores, sino en la capacidad que tiene de mantenerse erguido y firme, que le viene desde dentro. De manera más concreta: la seguridad y la esperanza humana no deben depender de lo fácil o difícil que sea el reto por afrontar, sino de la certeza de que se está anclado a un sustrato fiable con raíces firmes y fueres. El aprendizaje de Job estará entonces en línea de buscar qué lo puede mantener firme y estable en la vida, independientemente de cómo se le presente la misma.

En este orden de ideas, Job tiene que pasar de la fe y el arraigo en el dios de las circunstancias, para echar raíces en el Dios de la historia, cuya justicia está lejos de las manipulaciones rituales y se expresa en la comunicación de su propia libertad a la creación. Esta constatación se encuentra al final del libro, en los capítulos 38 y 39, en las declaraciones que rinde Dios en el juicio al que lo citó Job donde le hace ver que éste, pretendía tener el control total de la realidad y presionar a Dios para que actuara acorde a su criterio, desde su postura intachable. Poco a poco, Job comienza a abrirse a esta gran verdad: ¡Dios comanda la creación en mutua libertad con o sin mi tributo! Los hombres no son los garantes de la justicia divina y la vida plena, "obligando a Dios a que cumpla la parte de su contrato". Dios es el que dispone el ser y el hacer en todos y en los capítulos 40 y 41 se dejará claro que no es aquel dios juguetón de la escena inaugural del libro, sino que es el Señor de la vida que se opone al mal y lo controla, pues no es un Dios que disfrute causando desgracias.

Job confundió una vida en Dios con una vida sin sobresaltos, y esto le generó una especie de esquizofrenia existencial donde se relacionaba con un dios falso de condiciones ideales y se perdía de reconocerlo en la cotidianidad de la vida, en medio incluso de las fragilidades, donde podía realmente sentir su presencia más allá de sí mismo y sus intereses.

Así las cosas, Job obtiene una gran lección de humildad, entendida esta como la capacidad de vivir en la verdad de lo que se es: creatura, dependiente, vulnerable, limitada, pero ante todo, amada. Job y todo aquel que emprenda su mismo itinerario, debe reconocer su lugar en el mundo y creer que Dios está junto a él, por tanto, no tiene que hacer cosas para ganar o merecer la presencia, compañía o respaldo de Dios, pues Él ya está junto al ser humano para comprometerse con él en la vida real. En este momento viene bien otro aporte de Joan Chittister, quien en su libro "Doce pasos hacia la libertad interior. Retorno a la Humildad", afirma que por mucho tiempo hemos estado influenciados por la teología del mérito, que ha llevado a la creencia de que se accede a Dios solo a través de "horcas caudinas", de grandes dolores y sacrificios, perdiendo de vista la certeza de que "Dios está con nosotros, y entonces somos capaces de pasar bajo cualquier horca caudina de la

tierra, confinados y acunados por esa certeza", y agrega que "Se nos ha enseñado que Dios es algo que ganar en la vida, que Dios importa, pero las personas y la vida no, y que la vida espiritual tiene que ver con las cosas 'espirituales'. Pero la verdad es que la santidad está constituida de la materia de lo tedioso, lo cotidiano, lo sencillo, lo verdadero. Cuando aprendemos a 'florecer donde estamos plantados', es cuando se acaban el desasosiego, la insatisfacción y los zarpazos sin fin por lo máximo, lo distinto, lo emocionante y lo perfecto".

En consecuencia, Job aprende que está llamado a descubrir la libertad de Dios y de la creación, a hacer camino de humildad y finalmente de gratuidad, que lo disponga ante la vida sin presionarla ni presionarse, sino abrazarla y dejarse acoger por ella. Un árbol no le exige a su suelo, ni al sol, ni pretende manipular los tiempos de lluvia; simplemente procura dar lo mejor con lo que cuenta a disposición y hace el mejor uso de ello.

Sin embargo, aquí no acaba todo. Con estos aprendizajes, Job quedó como árbol después de poda y ahora es preciso ser trasplantado a otro sustrato. ¿Cuál es?

3. La esperanza, sustrato apto para aprender, crecer y conectarse con los otros y el Gran Otro.

A lo largo del libro, Job busca desesperadamente la razón de su esperanza. Un total de doce veces aparece esta palabra en todo el libro y en tres ocasiones está al interior de una pregunta:

4,6: ¿No era tu piedad tu confianza, no era tu integridad tu esperanza?
17, 15: ¿Dónde está ahora mi esperanza? ¿Quién ha visto mi dicha?
27, 8: ¿Qué esperanza tiene el impío cuando Dios le retira la vida?

Como podemos ver, las preguntas reflejan una búsqueda de sentido y dirección que ofrezcan arraigo en la vida. De nuevo, hay una relación con el significado de "árbol" usado en el texto y aún más nos sorprenderemos cuando veamos la palabra hebrea que se usa para hablar de la esperanza, la cual es *tikva* (תִּקְוָה), que traduce, "cuerda, esperanza, aquello que se anhela" y viene de verbo *cavá*, que traduce "atar, ligar, recolectar, esperar". De esta manera, la esperanza no es una actitud pasiva en la que se espera que todo "por fin se solucione", sino todo lo contrario. Se trata de un trabajo activo y consciente por atarse a sí mismo a aquello que se anhela, de tal modo que no haya posibilidad de que exista un destino distinto al que se espera, porque ya se está anclado y unido a él. Donde vaya nuestra esperanza, allí iremos con ella. La esperanza no es algo etéreo, es como la cuerda que vemos y a la cual podemos sujetarnos con confianza. Por eso es totalmente válida la pregunta ¿Dónde está mi esperanza? ¿Hacia qué estoy atado y me dirijo irremediablemente? ¿Necesito cambiar de cuerda? Job tiene que responder estas preguntas y decidir, en adelante, cuál va a ser su esperanza, a qué o quién estará atado. Si su esperanza está en él mismo, terminará por vivir una vida de círculos concéntricos, sin avance. Pero, si concibe su esperanza en alguien diferente y superior a Él, la situación será distinta, y habrá progreso en medio de la tragedia. Se salvará la vida.

Como bien lo dice un principio hermenéutico básico, la Escritura se explica por la misma Escritura, y desde una particular escena en el libro de Josué podremos entender mejor esto de la esperanza como cuerda real que nos ata a lo que necesitamos para seguir una vida con sentido no solo en medio de la tragedia, sino en la cotidianidad del día a día

En Jos 2, se nos narra la travesía de un par de espías enviados por Josué, hijo de Nun, para explorar a Jericó antes de atacarla. Aquel par de israelitas se hospedaron en casa de una mujer, Rajab, de quien el texto afirma que era prostituta pero lo que resalta en ella es su capacidad para advertir la realeza de Yahvé y su inteligencia para salvar su vida. Según la trama del capítulo, cuando el rey de Jericó se enteró de la presencia de los espías israelitas, envió hombres a casa de Rajab para que esta los entregara. De manera astuta, Rajab engañó a los emisarios reales y una vez fuera de peligro, habló con los espías que tenia escondidos en casa y les expresó que todos en Jericó tenían conocimiento de la gesta liberadora de Yahvé y que Él les había prometido aquella tierra. Por ello, Rajab les solicitó lo siguiente: "Juradme pues, ahora por Yahvé, que, ya que os he tratado con bondad también vosotros trataréis con bondad a toda mi familia. Y dadme una señal segura de que respetaréis la vida de mi padre y de mi madre, de mis hermanos y hermanas, y de todos los suyos, y que libraréis nuestras vidas de la muerte".(Jos 2, 11-13)

De esta forma, Rajab hizo un pacto con estos dos hombres y los ayudó a descender de su casa a través de una cuerda. Los israelitas le dijeron "Nosotros cumpliremos este juramento que nos has exigido con esta condición: que cuando estemos entrando en el país, atarás este cordón de hilo escarlata a la ventana por la que nos has descolgado…." "…cuando se fueron, ella ató el cordón escarlata a la ventana" (Jos 2, 17-18.21). La palabra usada para hablar de cordón es *tikvah*, así que tener esperanza es aferrarnos a la vida, así como los israelitas se aferraron a la cuerda que les permitió escapar ilesos, y así como Rajab ató la cuerda a su ventana como señal cierta de que su vida y la de su familia sería respetada. La esperanza nos permite aferrarnos a la vida, a la vida cierta, donde Dios se hace garante de la misma y aprendemos a depender de Él, mientras fluimos a través de las mediaciones humanas y buscamos el bienestar de todos.

El color escarlata (*shanim* שָׁנִים) simboliza el amor apasionado, el deseo ardiente, y desde la perspectiva espiritual, es el deseo intenso de conectarse con Dios de una manera profunda. Así las cosas, la esperanza de Job está en línea de atarse al cordón escarlata y de anhelar con pasión a Dios por ser Dios, y sentirse arropado gratuitamente por su gracia, sin formas de comportamiento para para forzar o "comprar" su presencia. Para la mística judía, el azul representa la inmensidad y profundidad de Dios, Aquel que es más grande que nuestros pensamientos y concepciones. Es un amor reverencial. Por ello, cuando el azul se mezcla con el escarlata, se produce el color púrpura, que es el resultado de un amor apasionado a Dios, que no se acaba, pero con la conciencia de la propia pequeñez, que por mucho que ame jamás logrará abarcar la totalidad de Dios, pues él es infinito. Por eso el púrpura nos habla de conversión y quizás sea este el camino también de Job.

Así que el ser humano *ADaM* visto como un árbol, logra su madurez cuando se permite crecer en gratuidad, dejando que lo rojo de sus pasiones, de sus búsquedas, de su propia esencia, ascienda hacia el azul de la inmensidad de Dios, y sus frutos se obtendrán gracias a una savia púrpura producto del trabajo conjunto del hombre y de Dios, que servirá de ayuda y alimento para otros y generará simiente para continuar el proceso, no de auto-elogio, sino de donación permanente.

Es así como la esperanza no solo ha de ubicar a Job en un nuevo paradigma relacional con Dios, sino consigo mismo, con los demás y con los recursos que tiene a su disposición. La prueba de ello la encontramos en el final del libro, donde Job es un hombre que se deja ayudar y recibe regalos de aquellos a quien antes ayudó, familiares y conocidos. Por otro lado, es un hombre capaz de dar una

descendencia donde todos son valorados, donde sus hijas tienen nombre y además, son dueñas a título personal de la herencia que les legó su padre. Los frutos de Job iniciaron por casa, y su relación con Dios pasó de la tensión por no fallar con el holocausto, al disfrute del compartir en Dios la vida con su familia. Su existencia cotidiana se convirtió en el altar del encuentro y la celebración del compartir de la mesa no quedó reducida a algunos pocos, sino que todos "comieron en su casa" (42,11). Según el texto, Job no murió recordado como un justo, sino que murió "anciano tras una larga vida" (42,17), es decir que falleció en sabiduría, es decir, con la capacidad aprender a leer la realidad y deducir la mejor manera de vivir en orden a prolongar los efectos de la bondad con la que Dios creó y afianzó el mundo.

4. ¿De quién aprendió Job todo esto? De Eloah: el árbol fuerte.

Dentro de los nombres usados para referirse a Dios en el texto, *Eloah* se repite con gran frecuencia. Ciertamente esta denominación está asociada a *Elohim*, que traduce Dios. Ahora bien, ambas palabras provienen de *ayil* (אַיִל) que traduce, fuerte, poderoso, roble o árbol fuerte. De este modo, Dios es el árbol verdadero del cual emana la vida y se convierte en modelo y camino para Job; por ello, es a este árbol al cual debe estar anclada su esperanza pues es el verdaderamente fuerte y fértil. Esta afirmación tiene repercusiones muy profundas pues indica que la relación con Dios equivale a descubrir en el interior de sí la semilla divina, el camino personal para ser árbol como Dios es árbol: fuerte, vigoroso, generoso, fecundo, noble, gratuito…Esto tiene consonancia con la declaración de fe en los capítulos 1 y 2 de Génesis, donde no hay vacilación alguna en decir que el ser humano es imagen y semejanza de Dios y el mismo aliento divino es aquel que lo anima, le da estructura y enfoque para que desarrolle su corazón y su mente desde la mejor fuente de bondad y justicia, que es Dios mismo.

Así las cosas, cuando Job aprende a mirar desde esta perspectiva, reconoce que Dios habita dentro de él y que está también aguardandolo en el día a día, en la exigencia cotidiana por ejercer justicia, luchar a favor de la verdad, proteger al pobre y desamparado y traer de vuelta a aquel que se ha equivocado. La lección de Job frente a la tragedia es una lección espiritual y por ello histórica, porque así como la *ruah,* el Espíritu de Dios, se puso en contacto directo con el caos de la creación para dar a luz la vida y no dudó en liberar al pueblo de la esclavitud en Egipto, el hombre creyente, sabio y espiritual, ha de hacer lo mismo, y mientras vive de esa manera se dará cuenta que por fin ve a Dios, porque sencillamente ha dejado fluir y salir lo que tiene de Dios en su interior. En la medida que Job, el pueblo, cada creyente se decide a crecer como el árbol de buena cimiente que es, se encontrará con la grata sorpresa de que Dios nunca estuvo ausente, pues en cada acción humana, Dios se manifestaba, porque en la medida en que el hombre conoce a Dios, se está encontrando consigo mismo.

Job dará cuenta de su capacidad de ser humilde, de reconocer su lugar dentro de la creación y de aceptar la soberanía, libertad, bondad e infinitud de Dios, cuando le responde a la contrademanda que ÉL le plantea en el juicio y le dice: "Me doy cuenta que todo lo puedes, que eres capaz de cualquier proyecto. Sí, hablé sin pensar de maravillas que me superan y que ignoro…Solo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento echado en el polvo y la ceniza" (42, 2-3.5-6)

Job está púrpura. Dejó que el escarlata y el azul de su vida se encontraran. Sus raíces volvieron a reverdecer gracias al agua de la memoria de saber que es criatura hecha a imagen y semejanza de

su Creador, y se agarró a esta certeza como si fuera una cuerda, como si fuera la esperanza que le daba vida, sin pretender manipular o condicionar a Dios, sin coartar la libertad de la vida y sin forzarse a vivir una vida artificial, sin errores, sin dolor, pero poco humana. Job comenzó a vivir con el Dios que buscaba, pero que nunca se había ido…solo lo había confundido.

5. La riqueza del justo es algo superior al bienestar

Existe una enseñanza adicional, y es que Job aprende a ver la realidad completa y no desde uno de sus polos. Antes, Job concebía la vida como un constante bienestar sin sobresaltos y esto era sinónimo de la justicia divina. La prosperidad y la escasez son dos caras de una misma realidad y la habilidad del justo reside en saber acogerlas y armonizarlas para vivir de la mejor forma, y no en preferir una sobre la otra, pues de esta manera se priva de trascender y de potenciar lo mejor de sí. Ser realmente ricos es tener la posibilidad de enfrentar tanto la abundancia como la escasez, con un criterio concreto: la bondad consigo mismo y los demás.

No todas las veces podremos lograr lo que queremos, pero siempre podemos hacer algo para vivir, y quizás se trate de entender que la perfección no está en la estética o efectividad de nuestros resultados, sino en que fuimos capaces de prolongar la vida verdadera en medio de las circunstancias adversas; a todos nos gustaría vernos como robles, sequoias o grandes pinos; pero tal vez nos parezcamos más a un bonsái, árboles que sí saben del tema de moda en la tragedia "la reinvención", ya que son capaces de desarrollarse a su manera –o según su esencia- en la pobreza de su medio. En palabras del doctor Ignacio Vergara.

> "La historia de todo ser vivo es el resultado de un potencial de evolución que entra en relación con un medio ambiente. A mayor riqueza del medio, más se actualiza esa capacidad de crecimiento. Un árbol que se desarrolla en un medio en donde encuentra luz y oscuridad, abundancia de aguas y sequías, fríos y calores, vientos y calmas, blanduras y durezas en la tierra, va a poder desarrollar sus potencialidades de firmeza y flexibilidad, de estar arraigado profundamente y de subir a buscar las alturas con sus ramas, de tener la ternura de sus tallos, pero también la firmeza de su tronco. Si, por el contrario, en su proceso de crecimiento, no tuvo sino luz, posiblemente va a elevarse tanto que no va a tener raíces. Si le faltaron los fríos, posiblemente sus frutos serán güeros. Si le faltó la dureza de la tierra, sus raíces no tendrán vigor. Si le faltó luz, su tallo se hipertrofiará débil y sin ninguna fortaleza interior. Cada uno de nosotros es un ser vivo con una serie de capacidades que, durante la vida, pueden desarrollarse o permanecer latentes, en razón de la necesidad de adaptación al medio. De alguna forma, cada uno de nosotros es una especie de bonsái que ha tenido que renunciar al desarrollo de algunas de sus capacidades en aras de hipertrofiar otras que, en un medio determinado, le sirven para sobrevivir."

6. El libro de Job: El bonsái de la Sagrada Escritura que nos enseña sobre la teología de la gratuidad

A la luz de la metáfora que hemos elegido para hablar de la lección de Job en medio de la tragedia, podemos decir que su planteamiento teológico al interior del canon de las Escrituras puede ser el

de un bonsái, ya que se escribe justo en un momento en el que Israel se enfrenta al reto del saber recomenzar haciendo acopio de una serie de tradiciones que lo han de llevar a definir no solo la identidad del Dios en el que creen, sino su propia identidad.

En este sentido, tanto en la Biblia Hebrea como en la Biblia Cristiana, el libro de Job se alza como un llamado a la pausa, la meditación y la confrontación para evaluar la clase de espiritualidad que se ha desarrollado a lo largo del camino de fe y su repercusión en la historia. Por sus fuertes alusiones a temas de la teología de la creación y costumbres rituales de la época patriarcal, el libro de Job remitirá a la toma de conciencia de la iniciativa y gratuidad divina, que sin necesidad de sacrificio u holocausto alguno, decidió transformar el caos en vida y creó al ser humano, no para su diversión o servidumbre, sino para que estos sean colaboradores suyos en la prolongación de lo creado, como si Él mismo estuviera presente. Esto implica acoger el patrón de libertad con que la vida fue creada, donde los contrastes entre opuestos son necesarios y respetados, y el mal existe no como una fuerza opuesta de igual magnitud a Dios, sino como un aspecto de la realidad que está bajo su dominio y control.

Aunque nos gustaría un mundo en el que los huracanes no hicieran daño, los terremotos no ocurrieran, ciertos animales no fueran peligrosos, la enfermedad estuviera ausente, o que el ser humano no obrara de manera perversa, paradójicamente la existencia de todo esto es la prueba de que Dios no manipula la naturaleza ni la vida. Ahora bien, el texto de Job no nos presenta un dios malévolo que se complace en los infortunios humanos y tampoco revela un dios apático e indiferente; por el contrario nos muestra a un Dios libre que respeta la libertad de su creación, pero en esa misma libertad se compromete a confrontar al mal y sus estragos. Por eso, Dios le habla a Job desde la tormenta, situación existencial donde hay ruido, nada está controlado, como una manera de decirle a Job que le responde desde sus llagas, desde su duelo, desde su tormenta interior. Dios le responde a Job desde su propia realidad, porque Dios está viviendo el caos con Él y lo está conduciendo a las respuestas.

Es por esto que este libro describe como ninguno las implicaciones de una auténtica vida espiritual y de piedad religiosa, donde el objetivo no está en atraer las bendiciones de Dios, sino en descubrir al Dios que camina al lado, al Dios que habita dentro y al Dios que espera al final del camino, y esto, es realmente una gran bendición.

Este libro bonsái nos hablará de la necesidad de acoger la divinidad de Dios y la humanidad propia, como elementos que se atraen para vivir bajo el mismo techo, y desde esta perspectiva aprender a crecer y desarrollarse en medio de los contrastes, las ausencias, las bonazas, los festejos, las tristezas, las enfermedades, la muerte y la vida. Esta es una respuesta contundente contra la provocación del Satán, pues contrario a lo que el acusador plantea, sí es posible servir y ser fiel a Dios por nada, por el simple hecho de ser Dios, de ser el amor, la cuerda escarlata y el modelo para ser auténticas personas espirituales que se proyectan hacia la divinidad con lo más auténtico de su persona, sin otra ofrenda y holocausto más bello que su propia humanidad.
Todos estos elementos del libro de Job, se encuentran presentes en el Nuevo Testamento, concretamente en la descripción del núcleo de la predicación de Jesús: El Reino de Dios, donde la relación con Dios, el prójimo y la historia será desde un enfoque integrador, consciente y encaminado a vivir desde la gratuidad y la lucha por la restauración de la dignidad humana. Porque en Jesús, Dios-con-nosotros, el azul y el escarlata se unen para mostrar la encarnación de Dios y la divinización del hombre. Jesús es el árbol de la esperanza, es la cuerda a la que debemos sujetarnos

y es el camino perfecto para humanizarnos y entrar en una relación tan especial con Dios, que podemos comenzar a llamarlo *Abbá* y también *Immá*, y así sentir que todos somos *Ajot*, es decir, hermanos.

En tiempos de crisis queremos obtener respuestas concretas, casi que una lista de acciones precisas para solucionar la dificultad. Pero lo cierto es que el mundo no tiene manual de instrucciones. Ante cada crisis lo que se nos abre son nuevos caminos, posibilidades insospechadas de crecimiento, desmantelamiento de actitudes nocivas y nuevos compromisos para mantenernos con vida hasta la próxima tragedia, grande o pequeña, que debamos enfrentar. Ante la tragedia nos damos cuenta que si nos descentramos un poco de nosotros mismos, podemos advertir las necesidades de otros y ayudarles, porque otros estarán haciendo lo mismo con nosotros. El final de libro de Job es perfecto, pero no es un final recurrente en medio de nosotros; por eso debemos agarrar fuerte nuestra cuerda escarlata, la de cada uno, para que comprendamos cómo podemos llevar a la vida a aquellos que están en peligro, pues cada vez que ayudamos a otros y dejamos nuestro cordón escarlata atado a la ventana, los demás verán una señal cierta de la presencia de Dios en esa casa, en ese convento, en ese escritorio, en ese jardín, en esa capilla, en ese hospital, en ese auto…en fin, en la vida entera.

Considero que después de esta meditación nos ha de quedar más claro que esta y cualquier tragedia en nuestra vida no tiene la última palabra, pues nuestra existencia no depende del capricho de lo circunstancial, sino del amor de un Dios que desde El Principio aceptó crearnos y sosteneros con bondad y sin ningún interés, simplemente para gozarse en la prolongación de sí mismo a través de los seres humanos, para mostrar que Dios es Yahvé, es decir, *El que existe, el que está y el que permanentemente está siendo, y se está manifestando.* Por eso no tenemos duda: Un árbol tiene esperanza: aunque lo corten, vuelve a rebrotar y no deja de echar renuevos.

Gracias

Juliana Alejandra Triana Palomino